

Rodrigo Fresán > La selva sin árboles
Educación > Universidad, educación y trabajo
En el quiosco > Literatura en revistas, después de la crisis
Reseñas > Divakaruni, Ephron, Heker, McDonell

On the rocks

Dos años entre los hielos ***(1901-1903)*** **es el título del diario que el marino José María Sobral, el primer expedicionario argentino a la Antártida, escribió hace exactamente cien años y que fue reeditado ahora para conmemorar una proeza que sigue asombrando tanto como entonces.**

Dos años de soledad

POR LEONARDO MOLEDO

En 1904, el marino entrerriano José María Sobral (1880-1961), que tuvo la mala suerte de quedar varado dos años en la Antártida y que luego se convirtió en el primer geólogo argentino, financió como pudo y con sus propios recursos la primera edición de *Dos años entre los hielos (1901-1903)*, el diario de viaje que había escrito mientras duró su nada placentera estadía en el quinto continente. Las dificultades para publicarlo fueron tan sólo algunas de las que sufrió a su regreso después de haber atravesado una odisea congelada. En esa época, viajar a semejantes zonas era un verdadero *descensus ad inferos*, en el que en vez de sortear ríos de azufre incandescente y llamaradas de leguas de fuego, había que hacer frente a témpanos, agua casi congelada y temperaturas que arañaban los 30 grados bajo cero, tan bajas que se congelaba la nostalgia. La soledad misma, que a temperatura ambiente suele ser líquida, se reducía a un puñado de nieve fangosa. En su diario, Sobral transmite la belleza monótona del paisaje y el encanto de una rutina de investigación: aunque es un guardiamarina el que escribe, está naciendo el geólogo, capaz de *comprender* la naturaleza en una de sus manifestaciones extremas, leer la historia escrita en las piedras, y asombrarse ante una meteorología exótica.

El viaje de Sobral, del que en diciembre se cumplieron cien años, fue la primera misión científica que exploró la Antártida. Y consistió en un encadenamiento de peripecias, que perfectamente podrían haber terminado de la peor manera.

Quid pro quo

En 1895, año en que se realizó el II Congreso Internacional de Geógrafos en Londres (Gran Bretaña), se llegó a la conclusión de que ya no había más lugares inexplorados en el mundo excepto ciertas recónditas zonas del sur en las que, según contaban las leyendas de viajeros solitarios, la vegetación no crecía, el aire congelaba de sólo respirarlo y soplaban ráfagas de vientos mortales. Era, sin dudas, el continente blanco, la Antártida. Entonces, el siguiente Congreso Internacional de Geógrafos que se llevó a cabo en Berlín en 1899 dispuso la realización de una gran expedición internacional para el estudio y mapeo del único bastión desconocido por la humanidad. Así, el ballenero Antarctic, convertido en buque científico, dejó Gotemburgo (Suecia) el 16 de octubre de 1901 y el 16 de diciembre amarró en el puerto de Buenos Aires, donde el geólogo y experto polar sueco al mando de la misión, Otto Nordenskjöld, pactó con las autoridades locales, que le aseguraron la provisión de víveres y carbón con la condición de sumar a su tripulación a un investigador argentino. La elección recayó (tres días antes de que el Antarctic dejara el puerto porteño) en el alférez de fragata José María Sobral.

Sobral, de sólo 21 años, que había nacido en Gualeguaychú, Entre Ríos, en 1880, y en 1898 había egresado de la Escuela Naval como guardiamarina, carecía de experiencia polar y no hablaba una palabra en sueco. Lo mandaban al Polo Sur sin siquiera darle el equipo básico de supervivencia. Él mismo debió salir, en pleno verano, a buscar por Buenos Aires ropa apropiada para temperaturas de 40 grados bajo cero. Hizo lo que pudo, pero, como luego confesó: "Con excepción de la ropa interior, todo resultó perfectamente inservible". El 21 de diciembre de 1901 la expedición zarpó del puerto de Buenos Aires rumbo al remoto sur, al viento y al frío, como mucho más tarde señalaría un triste presidente argentino. No imaginaban el destino que les esperaba.

Al principio, las cosas fueron bien: el 13 de febrero de 1902, Nordenskjöld y otros cinco hombres –entre ellos Sobral– quedaron en la helada isla Cerro Nevado, al este de la Península Antártica, donde levantaron una pequeña cabaña prefabricada que sería su abrigo durante el invierno polar, y el Antarctic volvió a Ushuaia para volver a recogerlos al verano siguiente, cuando los hielos ya derretidos permitieran el paso. El quinteto estuvo allí durante el invierno con temperaturas de 45º bajo cero y vientos de 200 kilómetros por hora; hicieron observaciones meteorológicas, estudios de magnetismo, trabajos de biología y reconocimientos geológicos, y llegaron a las proximidades del Círculo Polar Antártico. En la isla Seymour encontraron restos fósiles de animales prehistóricos y vegetales que sugerían que la inhóspita región había disfrutado en otras épocas de temperaturas tropicales.

Atrapados sin salida

Pero luego del invierno, cuando esperaban ansiosamente la llegada del Antarctic para volver, el barco no apareció. Había sido atrapado por el hielo y tres hombres bajaron en Bahía Esperanza para intentar llegar hasta la cabaña, pero no pudieron. Pocos días después, el Antarctic se hundió en el océano; los náufragos bajaron a un témpano y vagaron entre los hielos en dos botes hasta llegar a la isla Paulet, donde construyeron una cabaña de piedra y se prepararon lo mejor que pudieron para pasar un invierno terrible en el que debieron dormir unos contra otros para mantener el calor.

Al llegar la primavera, el grupo de Bahía Esperanza salió a buscar la cabaña de Nordenskjöld, mientras éste trataba de llegar a Paulet. El 12 de octubre de 1903 se encontraron a mitad de trayecto y regresaron juntos a Cerro Nevado.

¡Viven!

Entretanto, la preocupación por la suerte corrida por los investigadores había crecido en todo el mundo. El gobierno argentino, fletó la corbeta Uruguay, que en noviembre encontró en la isla Seymour (Marambio) a dos de los habitantes de la cabaña de Cerro Nevado mientras estaban cazando pingüinos para almacenarlos como alimento por si tuvieran que pasar un tercer año en la zona. La euforia fue total. Mientras empacaban lo más rápido posible por temor a quedar atrapados, llegaron los hombres que habían naufragado con el Antarctic. Todos se encontraban vivos y relativamente saludables, excepto Ole Wennersgaard, uno de los refugiados en la isla de Paulet, que había muerto durante el invierno.

Cuando se supo en Buenos Aires que los marinos suecos (y en especial el argentino) estaban vivos, los telegramas con la noticia empezaron a recorrer las redacciones del mundo. En la tarde del 2 de diciembre de 1903, cuando la Uruguay por fin amarró en Buenos Aires en un estado calamitoso, cerca de cien mil personas fueron hasta el puerto, y luego un carruaje llevó por las calles porteñas a los expedicionarios recién salvados. La multitud desató los caballos del carruaje, que marchó a tracción humana entre las aclamaciones que retumbaron desde la Casa Rosada hasta la Catedral.

Destino de marineros

POR FEDERICO KUKSO

José María Sobral se convirtió rápidamente en héroe nacional y su historia fue utilizada en las escuelas como ejemplo de la valentía argentina. Pero su fama fue efímera. El entrerriano, que durante los dos años de aislamiento había aprendido a hablar sueco casi a la perfección, pidió permiso a la Marina para ir a estudiar a Europa. Los jefes navales se lo negaron. Sobral se vio obligado a renunciar y a partir por sus propios medios con la ayuda económica de su padre. Su destino: la Universidad de Upsala (Suecia) donde Nordenskjöld era profesor. Allí se convirtió en el primer geólogo argentino.

Al poco tiempo de llegar conoció a Elna Klingström, con quien se casó el 6 de septiembre de 1906 y tuvo nueve hijos. Las autoridades nunca le perdonaron la "traición" de abandonar la Armada y el país. Nunca lo premiaron con un ascenso, ni una beca, ni siquiera un agradecimiento formal. Sus proyectos científicos fueron constantemente rechazados. Una y otra vez pidió permiso para volver a la Antártida pero nunca se lo permitieron. Ingresó en la Dirección General de Minas e Hidrografía donde llegó a ser director general en el año 1924, hasta que la revolución de 1930 lo separó del cargo y lo sumarió. Luego fue nombrado cónsul general en Noruega y a fines de 1931 ingresó como geólogo en YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales), donde se jubiló en 1935. Desde entonces y hasta su muerte (15 de abril de 1961) continuó recorriendo el país haciendo estudios geológicos y dando conferencias. Nunca tuvo una jubilación de privilegio.

Sobral escribió *El futuro de nuestra Armada*, *Problemas de los Andes Australes*, *Sobre cambios geográficos*, *La frontera argentino-chilena en el Canal de Beagle* y *Dos años entre los hielos*, el libro que motiva estas líneas, y del que se reproducen aparte algunos fragmentos en donde cuenta el día a día de la supervivencia en la Antártida. El entrerriano de Gualeguaychú vivió en el olvido hasta los 81 años. La mejor condecoración se la otorgó Suecia.

Por su parte, la vida del sueco Otto Nordenskjöld no fue mucho más dichosa: el gobierno sueco, tras los insistentes pedidos de la familia, había enviado su propia expedición de rescate. A pesar de que ese buque llegó cuando los científicos ya estaban a salvo, las autoridades nórdicas mandaron a la familia Nordenskjöld la factura de los gastos del salvataje: el importe reclamado por el gobierno sueco era tan alto que Otto Nordenskjöld se vio endeudado de por vida.

A cien años de la travesía, su opinión sobre la Argentina puede parecer hoy tragicómica. En un reportaje publicado en el diario sueco *Goterborgs Handels-och Stofartstidning* declaró: "La Argentina es el país del porvenir, más que cualquier otro de la Tierra fuera de Europa; se ha desarrollado en una forma que no tiene igual y su producción, su intercambio y su desarrollo comercial han crecido de una manera colosal".

En 1928, Otto Nordenskjöld murió aplastado por un colectivo en una tranquila calle de Gotemburgo.


OTTO NORDENSKJÖLD


JOSÉ MARÍA SOBRAL

Entre los hielos *

POR JOSÉ MARÍA SOBRAL

1903. Año Nuevo

Un año más pasó a la historia del mundo; un año más nada es para la humanidad, pero tiene su influencia en la vida del individuo.

Dentro del mundo civilizado, se presenta rodeado de gran aparato, de mucho ruido; con algazaras y con músicas empieza su reinado; como no es conocido, ¿cómo será este año?, se preguntan, y en su presunta bondad se cifran todas las esperanzas, pues en él, se cree, se realizarán todas las ilusiones.

Para nosotros, no entró este Año Nuevo con esa cara de extraño y festivo con que se le ve comúnmente; para mí, el 1º de este año fue un cualquier día del calendario; no le veía ese aspecto lleno de promesas con que se revisten todos los que van a ocupar un alto y nuevo puesto.

En septiembre, creíamos nosotros que estaríamos embarcados en el *Antarctic* en noviembre, pero ese y otro mes pasaron, y el estado actual del hielo y su comparación con el de los días pasados nos dan elementos para augurar, por lo menos, otros 30 días de espera.

No sentimos un gran abatimiento, pero la duda, que en todos los casos mortifica cuando continúa por mucho tiempo, concluye por transformar hasta cierto punto el carácter del individuo; lo predispone a la inactividad, pues, cuando ella recae sobre un punto principal que toque más de cerca la vida, no se sabe qué resolución tomar; lleno de vacilaciones, toma el único recurso que se le presenta: esperar.

Y la espera: ¿Se conoce algo más mortificante que la espera? ¿Se conoce algún estado del espíritu peor, que cuando no se sabe si sucederá o no alguna cosa?

He pasado por esos instantes, bien largos por cierto, y pienso que son mucho peores, mucho más terribles, que tener la certeza de que lo peor tendrá lugar.

En fin, dentro de nuestra situación estamos contentos y gozando de los días más cálidos que ofrece la Antártida; nos hallamos en el rigor del estío y sin embargo, la temperatura se mantiene más baja que la de fusión del hielo.

Desconfianzas y precauciones

Como comenzamos a pensar que hay muchas probabilidades de tener que invernar, nacen las desconfianzas y se toman precauciones, y en consecuencia se disminuye la ración de algunas cosas que existen en poca cantidad.

El azúcar es poca y para que alcance hasta noviembre tenemos que tomar no más de 7 cuadritos por día; un cuadrito pesa 5 1/4 gramos, de manera que es una ración todavía muy abundante, máxime cuando la falta de ese dulce no es una cosa que afecte mayormente, pues uno, con un poco de entrenamiento, llega a que le agraden las cosas amargas.

Yo pienso desde ahora disminuir poco a poco mi ración, para tomar después todo sin azúcar.

Algo muy importante en lo cual no sólo está basado nuestro confort sino tal vez la vida, es el combustible del que estamos muy escasos, el carbón que nos queda tal vez no alcance a tres meses. Dicen que el querosén que hay, combinado con el carbón, alcanzará para cocinar, alumbrar y calentar un poco la casa. Todas las focas que se encuentran se matan para recoger la grasa, que nos servirá para quemar, y la carne para comer nosotros y los perros. Todos los pájaros que se ven, se matan y se piensa cazar unos 500 *pingüinos* como una previsión para una nueva invernada.

Como en trineo no se puede llegar hasta la roquería de *pingüinos* de isla Seymour, se esperará unos días en los que el hielo se separará más, permitiendo un viaje en bote. Hay algunos que creen que lo mejor es ir inmediatamente y matar los necesarios, arreglándolos de manera que los pájaros no los coman, e irlos a buscar después, a la entrada del invierno, cuando el hielo lo permita. La causa de tanto apuro era que nosotros no conocíamos la fecha de emigración de los *pingüinos*; además, como éste parecía un verano excepcionalmente malo, podía suceder que se fueran muy temprano y que nos quedáramos sin ellos.

Durante estos últimos días, que han sido los más calientes de nuestra estadía, el hielo se ha debilitado bastante rompiéndose en muchas partes y agrandándose los viejos claros. Los días de temperatura más alta han sido del 20 al 25 de enero, la media de los cuales fue 1C. Si estas temperaturas continuaran por 15 días y soplaran algunas tormentas de más de 20 metros por segundo, con seguridad que el hielo no resiste; pero este calor no tiene trazas de mantenerse y los vientos que soplan no son lo suficientemente fuertes, pues no pasan de 15 metros por segundo.

Para un año más yo no tengo calzado, pues no me quedan sino un par de botas ya algo usadas y un par de botines que se me están rompiendo. Hoy he sacado la grasa a un cuero de foca, estaqueándolo después sobre la casita del instrumento de pasaje; con él haré botines y antes de que se venga el invierno pienso arreglar dos o tres pieles más para tener en cantidad suficiente: es decir, estableceré mi taller de calzado.

Mes de junio

Día 3. Sopla el sudoeste, haciendo con la fuerza de sus heladas rachas montículos de nieve detrás de todos los objetivos. Sentado en mi cama y cansado de leer miro las caprichosas formas que toma la nieve al acumularse sobre los vidrios. Yo no sé si es mi imaginación que en cada relieve cree ver la representación de seres animados, pero ahí está sobre el vidrio el perfil de un viejo con nariz de cónsul romano; la cantidad de nieve aumenta y se acentúan los detalles pero llega un momento en que se ha juntado demasiado y cae por la nariz, después la barba; así se suceden las caras y las figuras por un rato, hasta que la lectura u otro trabajo atrae la atención.

¡Qué ganas de oír un poco de música! ¡Qué deseos de ir al teatro, de oír contar algo nuevo!, ¡qué deseos de todo lo que no tengo!, ¡qué estado de ánimo tan raro!

Hoy ha soplado una de las tormentas más fuertes que hayamos experimentado; a las 2 de la mañana el viento tenía 32 metros por segundo de velocidad; por desgracia, se rompió uno de los hilos de transmisión del anemómetro registrador, así es que no se supo cuál fue la máxima velocidad del viento; fue tan fuerte que mi baúl, que nunca había sido movido por las tormentas, fue volado a más de 100 metros de distancia; allí fue detenido por un montículo de hielo; añadiré que estaba pegado a la tierra por medio del hielo.

La tapa de la casilla del instrumento de pasaje también se la llevó el viento, lo mismo que algunas cajas llenas de piedras.

Día 15. La temperatura baja hasta los -33C, tenemos unas mañanas preciosas. Como hay luna, las noches no son tan largas y, aunque hace mucho frío, es agradable pasearse afuera bajo el techo de las estrellas. El 20 de junio también fue un día muy frío, la media fue abajo de -30C y todo el día el cielo estuvo despejado. Por la tarde, a pesar de la pureza aparente del aire, la humedad se depositaba helada sobre todos los objetos; el termómetro marcó -35,5C.

Día memorable para nosotros

El día 8 de noviembre, día memorable para nosotros lo mismo que para todos los argentinos, porque en ese día se consumó uno de esos hechos que dejan huellas imborrables en el corazón de los que en él actúan y recuerdo imperecedero en la mente de los que oyen su relato.

Era poco después del *frukost* (desayuno), más o menos a la misma hora en que tuvo lugar la sorpresa del 16 de octubre. Yo estaba dando cuerda a los cronómetros cuando no sé quién dijo que allá, hacia el noreste, se veían venir varias personas sobre el hielo; salí y en efecto se veían cuatro cosas negras en movimiento, pero a mí se me ocurrió que podían ser todo menos personas; supuse que serían *pingüinos*. Sin embargo, los anteojos continuaban pasándose de mano en mano y a los pocos momentos la duda empezó a asaltar nuestros pensamientos y nuestros corazones palpitaban como hacía mucho no habían latido.

Pocos minutos después se ponían en marcha Nordenskjöld, Duse, Jonassen y Grunden. Como yo no creía que fueran hombres me quedé algunos momentos más, irresoluto, hasta que al fin, como vi que los demás en lugar de disminuir la marcha la aumentaban, me calcé unos *skis* y me puse a correr con todas mis fuerzas; a poco andar ya no me quedó la menor duda, eran hombres y como me pareciera que no iba lo suficientemente ligero tiré los *skis* y corrí sin ellos hasta que alcancé a Akerlundh y Jonassen, que ya venían de regreso; Akerlundh, que era de los que venían de la isla Seymour, me dijo: “Ha venido un barco argentino, el comandante ha estado en Estocolmo y dice el doctor Norkenskjöld que se llama Martín”.

Fue un momento indescriptible, indefinible, yo lo he sentido pero no lo puedo referir; lo que puedo decir es que en esos momentos me sentí orgulloso de mi patria, me sentí orgulloso de ser compañero de esos que hasta allí fueron con la *Uruguay*, y si de mis labios no salió el más estruendoso hurra jamás oído por los hielos ni por los hombres, fue porque comprendí que lo que para mí era motivo de inmenso regocijo, para otros naturalmente implica mucho menos, y cuando hay diferencia de sentimientos, la expresión de uno de ellos choca al otro. Yo no tengo la seguridad de que eso sucediera en el ánimo de mis compañeros, pero creo que es lo lógico y natural que pase, porque poniéndome en el caso de ellos, es decir, de una expedición argentina salvada por una sueca y que un sueco formara parte de la primera, tengo la seguridad de que mis sentimientos no serían los mismos que los del sueco. Yo sufriría lógicamente una decepción al recibir socorro de extranjeros esperándolo de los de mi país.

Cuando Akerlundh terminó sus palabras, yo corrí con todas las fuerzas de mis piernas, como corrió el soldado de Maratón, poniendo en ellas todas mis energías, alcancé a Norkenskjöld y Duse como 100 metros antes de juntarnos con los de la *Uruguay*.

* *Tomado de* Dos años entre los hielos (1901-1903). *Buenos Aires, Eudeba, 2003.*

Recetas para la felicidad



HEARTBURN. EL DIFÍCIL ARTE DE AMAR
Nora Ephron

Trad. Mariana Rapaport
Editorial Del Nuevo Extremo
158 págs.

POR CECILIA SOSA

Hay libros que llegan tarde, como envueltos en el eco anómalo de lo que uno ya ha aprendido a disfrutar en otro soporte. Y no pareciera haber mejor ejemplo que *Heartburn*, la primera novela de Nora Ephron, (mal) traducida como *El difícil arte de amar*. La pionera de la comedia romántica y madre (judía) de las chicas de *Sex & The City* tuvo su debut literario en 1983 y, desde entonces, no dejó de regalar a la pantalla de Hollywood las mejores exponentes del arte de matiné. Por eso, la primera versión en español de su ópera prima llega al mundo hispano con el desfasaje del mal subtítulo, cuando gran parte de sus hablantes ya aprendieron a memorizar tramos de los diálogos de Meg Ryan y Tom Hanks en *Cuando Harry conoció a Sally* o consumieron con fruición tercermundista sus trabajos como directora y guionista en *Sintonía de amor* o *Tienes un email*. Pero no importa. Aun cuando el tono Ephron lleva décadas de resonar en las *sitcoms* de Sony, la primera Ephron sigue funcionando. Es que Nora Ephron parece anticiparse a todas las modas, incluso a la de sí misma. Incluso a la de ser judía.

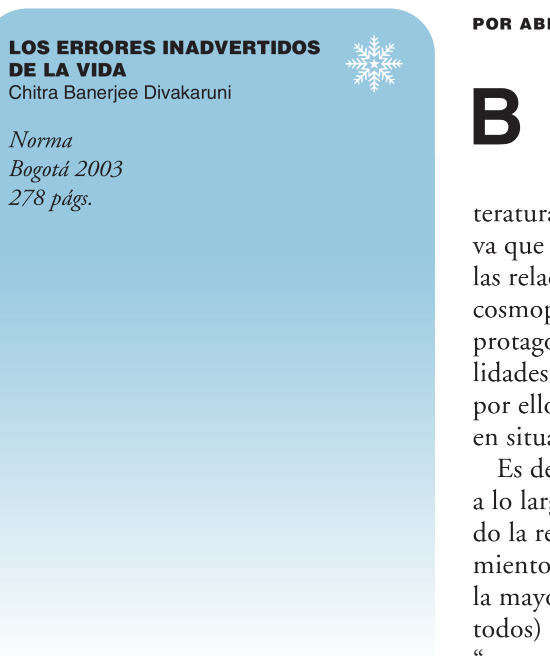
Ephron nació un 19 de mayo de 1941 en Nueva York, y antes de ingresar al mundo del cine, escribía mordaces columnas para las revistas *Esquire* y *New York Magazine*, que fueron compiladas en los libros *Crazy Salad* (1975) y *Scribble, Scribble* (1978). Ahora, cuando Ephron ostenta el título de clásico en materia de relaciones de pareja, qué mejor que conocer la suya. O su primer divorcio. Es que *Heartburn* –que en inglés alude tanto a "acidez estomacal" como a "ardor en el corazón"– cuenta el escarnio autobiográfico de Ephron a través de los dilemas de Rachel Samstat, una exitosa escritora de libros de cocina (que a pesar de que parpadea demasiado tiene su propio programa de TV), que asiste al desmoronamiento de su matrimonio perfecto (con un periodista que publica columnas semanales en 109 periódicos y dice estar enamorado de otra) mientras su panza de 7 meses se agranda día a día. Acidez y ardor, está bien. Pero ¿en qué punto, en qué coma, la angustia puede devenir ironía? Ephron parece tener la receta. No importa lo engorrosa que sea la trama de infidelidades, venganzas, sesiones de terapia grupal o puentes aéreos Washington-Nueva York; en el recetario de Ephron siempre parece haber un puré de papas perfecto, una torta de queso Amelia o un puchero listos para ordenar el mundo. Y entre las recetas que ofrece a lo largo de 158 páginas de desguace matrimonial, hay una que sorprende por su economía casi perfecta: la de los huevos "de cuatro minutos".

Dice Ephron: "Ponga un huevo en agua fría y hágalo hervir. Apagar el fuego inmediatamente y tapar la cacerola. Déjelo reposar. En tres minutos obtendrá un perfecto huevo de cuatro minutos". ¡Y funciona! Siguiendo los pasos convenidos, se obtiene unos huevos deliciosos, con la clara con esa consistencia blanda, pero firme y el amarillo intenso de la yema en todo su esplendor. Al contemplarlos, la pregunta es casi inevitable: ¿por qué todo el mundo sigue hirviendo los huevos durante 20 minutos cuando en sólo cuatro se pueden obtener el mismo (o mejor) resultado? Y casi dan ganas de preguntarse por qué Proust, Colette o Flaubert dedicaron tantas páginas a diseccionar fantasmas amorosos cuando en tan pocas palabras parece posible contenerlo todo. Pero no, el secreto es otro.

Nada de *nouvelle cousine*: "Gran parte de la originalidad, si les interesa mi opinión, parece consistir en calentar queso de cabra y echar vinagre de frutilla al hígado de ternera o confiar demasiado en el kiwi". O las consignas casi epigramáticas: "Enfrentémoslo: *todos* son las únicas personas del mundo con la que no deberías involucrarte". Y si de teoría feminista se trata, Ephron parece cabalgar alguna nube de autoironía. "Cierta vez uno de mis amigos me llamó para decirme que su matrimonio se había terminado por culpa de la ternera Orloff, y yo supe con exactitud lo que me quería decir". Ephron también regala un test para reconocer "príncipes judíos" con sólo una frase. Cuando ante la mesa del desayuno alguien dice "¿Dónde está la manteca?", o su variante lánguida, "¿Hay algo de manteca?", bueno, dice Ephron, podemos estar seguras de que estamos frente a un verdadero príncipe judío. ¿Una Maitena neoyorquina?

Una más: "Lo que amo de la cocina es que después de un día difícil, hay algo reconfortante en el hecho de que si derrites manteca y agregas harina y después caldo caliente, ¡se pondrá espeso!". Ahí está: algo en sus reflexiones ajenas a toda metáfora doliente que parecen condensar toda la tradición cultural que resuena en *Seinfeld*, *Sex and the City*, pero también en Hemingway o en Carver: por más oscura, trágica o abismal que sean las pruebas que tenga que atravesar la protagonista, esa oscuridad y ese abismo jamás serán nombrados. ¿La teoría del iceberg en la cocina? Cuando la heroína del culebrón latinoamericano estaba a punto de iniciar su catarsis lacrimógena o su variante intelectual se aprestaba a caer en el diván para dejarse esclavizar por los fantasmas, los personajes de Ephron siempre parecen tener una receta a mano para salir del paso. Sin adjetivos, ni disecciones proustianas, sólo la certera precisión de la empiria positivista. Pensamiento sin metáfora. Como los huevos de cuatro minutos.

Exotismo y vida cotidiana



LOS ERRORES INADVERTIDOS DE LA VIDA
Chitra Banerjee Divakaruni

Norma
Bogotá 2003
278 págs.

POR ABEL WAISMAN

Banerjee Divakaruni, al igual que Salman Rusdhie, es una autora a la que por lo general suele incluirse dentro de la "literatura poscolonial"; ese tipo de narrativa que en la actualidad trata de redefinir las relaciones del sujeto con la ciudad cosmopolita y que está tomando como protagonistas a cierto tipo de individualidades que antes eran marginadas. Es por ello que sus personajes son mujeres en situaciones extremas.

Es decir, los personajes de Divakaruni, a lo largo de los cuentos, van acentuando la reflexión existencial y los sentimientos de desencanto y de náusea. En la mayoría de los cuentos (por no decir todos) éstos se ven identificados con una "manera personal" de ver el mundo.

Los errores inadvertidos de la vida es una compilación de nueve cuentos editados a partir de 1998. Aquí Divakaruni exhibe una escritura que es colorida cuando trata de saldar las deudas de la adaptación a Occidente llevando el curry a Vermont, y es por eso descarada cuando (todavía en el 2003) utiliza lo exótico para volverse sensual.

Para ello, entre otras cosas, hace explícito el problema de lo intraducible al inglés de ciertos hinduismos que refieren a actitudes que simplemente no tienen lugar en Norteamérica. Dice Divakaruni en *La inteligencia de las cosas salvajes*: "*Abhimaan*, esa mezcla de amor, rabia y dolor que es la esencia de tantas de las historias de la India, y para la cual no existe un equivalente en inglés. Si Tarun se alejara de ella, ¿sentiría la pelirroja ese *abhimaan*? ¿O sólo somos capaces de sentir una emoción cuando nuestra lengua materna le ha dado un nombre?" O el desenfado del cambio idiomático y sus consecuencias políticas como cambiar el acento o no "¡Tu novia! –dijo–, y me di cuenta, con disgusto, de que yo también estaba hablando en inglés..."

De modo que los cuentos están plagados de escenas domésticas en donde reina la inmovilidad, el letargo, los colchones Perma rest (o descanso eterno), la soledad en medio de la sociedad de consumo y lejos de los matrimonios arreglados. Pero también los inconvenientes del contraste entre los instintos humanos y la ciencia aplicada en la vida cotidiana. En definitiva, los cuentos de Divakaruni saben combinar la escritura simple de los pequeños dramas de la vida cotidiana con el misterioso encanto de una cultura milenaria.



Sangra



DE LA CRÍTICA DE LA FICCIÓN A LA FICCIÓN DE LA CRÍTICA
Rogelio Demarchi

Editorial de la Municipalidad de Córdoba
Córdoba, 2003
130 págs.

POR CLAUDIO ZEIGER

Cuando se publicó la novela *El fin de la historia* de Liliana Heker, en 1996, una serie de debates y polémicas se fueron tejiendo a raíz del núcleo traumático que narra la novela: una ex integrante de la cúpula de Montoneros termina colaborando con los militares después de haber sido torturada, mientras una escritora –compañera de adolescencia y de los primeros tramos de su militancia juvenil– intenta reconstruir su historia, que comienza como una épica y termina enredada en una ambigüedad absoluta entre la ficción y la realidad. Como si fuera poco, el título del libro de Heker parecía ironizar sobre las teorías del fin de las ideologías, las tesis de Francis Fukuyama, pero armando una trama que ponía el dedo en la llaga de cualquier ideología tranquilizadora acerca de las versiones del pasado.

En Córdoba, en las páginas del suplemento literario de *La Voz del Interior*, se produjo gran parte de esta polémica que desentraña con rigor y capacidad de penetración este libro del crítico Rogelio Demarchi, que mereció el Segundo Premio Municipal Luis José de Tejeda 2001 en el rubro ensayo. *De la crítica de la ficción a la ficción de la crítica* es básicamente una reconstrucción de "campo intelectual", siguiendo la noción de Pierre Bordieu, a partir de esa polémica que también tuvo sus escarceos en Buenos Aires. Héctor Schmucler, Graciela Daleo, la propia Heker participaron, entre otros, de la polémica. El primer cuestionamiento a la novela de Heker partió de Schmucler: "¿Qué extraña traición se teje entre el autor y su palabra cuando la tragedia –no es otro el tono que merece la agonía de las personas reales que padecieron el destino de Leonora– se resuelve en divertimento literario? Saturado (sic) por su propia biografía, Liliana Heker hace de *El fin de la historia* un espejo multiplicado en el que la novelista de la ficción, Diana Glass, busca descubrir su íntimo rostro en la imagen de la amiga montonera, pero sólo encuentra ecos de sucesivas traiciones". Demarchi va desplegando su estrategia de deconstruir los montajes de la crítica: "¿Es el autor de una novela responsable de las ideologías de todos y cada uno de los personajes que presenta en su narración? (...) ¿Por qué la tragedia es el único tono literario con el que puede escribirse esta historia? ¿Se puede tomar como composición ligera –significado que marca el diccionario para la palabra 'divertimento'– a una novela que todo el tiempo está cuestionándose sobre su construcción, que contrapone registros, escrituras, géneros discursivos, alusiones intertextuales, etc.?".

Otros artículos publicados en *La Voz* –de Carlos Gazzera, Antonio Oviedo, Pampa Arán– y la propia Heker rearman y completan la polémica cordobesa, mientras en Buenos Aires en general la novela tuvo una recepción favorable en los suplementos literarios y una voz disonante, la de Graciela Daleo, que va al hueso político de la ficción. "¿Por qué quienes hablan de los '70 –salvo excepciones– dedican su pluma a los que quebró el terror? ¿Para no desentonar con la visión que va desde la teoría de los dos demonios hasta el 'si estará vivo por algo será'?", objetó Daleo.

Una vez echadas todas las cartas del mazo, Demarchi aprovecha el despliegue de esa polémica para plantear quizás uno de los últimos capítulos del debate entre literatura y política –entre lo usos de la ficción y los usos de lo real en el género testimonio– que ha dado la narrativa argentina, ya superado hace tiempo el tema del compromiso, pero no del todo el del rol de los escritores y los intelectuales en relación a lo público y social.

Es interesante que más allá de cómo se leen los pliegues y repliegues de las intervenciones de los polemistas, *De la crítica de la ficción a la ficción de la crítica* termina siendo una eficaz lectura de la novela de Heker. No es una defensa a ultranza o inocente de su autonomía como relato imaginario (ese argumento un tanto chirle que, salvando distancias, se suele escuchar en la televisión cuando hay algún cuestionamiento a la forma en que tratan un tema candente de la vida real que afecta algún interés particular: ¡Es una ficción!) sino un análisis acerca de cuál es la poética que sostiene esa ficción y que la propia autora había enunciado más de una vez en los reportajes que le hicieron durante ese año 1996 en que fue publicado el texto: la pretensión de liquidar los bordes que distinguen ficción de realidad.

Desde luego, y más allá de las razones y argumentos que han asistido a cada uno de los contendientes, la polémica encaró de conjunto una lectura frontalmente política de *El fin de la historia*, muchas veces contrapuesta a la lectura más estrictamente literaria. El libro de Demarchi recupera la lectura literaria, pero no entendida como una necesaria despolitización o negación de la otra lectura, la testimonial, sino planteando que es en la política literaria o en las "poéticas" de autor donde se van a visualizar más claramente las coordenadas ideológicas en juego.

El fin de la historia sacudió bastante la ya apática relación entre literatura y política a mediados de la década del noventa, poniendo la llaga en un capítulo complejo de los setenta. El libro de Demarchi es un paseo comprometido y serio hacia el interior de ese debate que siempre dejará heridos y ofendidos, y quizá reabre una herida, esa herida que no para de sangrar aunque ya no se vea la sangre.

NOTICIAS DEL MUNDO

¡Sálvese quien pueda! Argentina, con 161 obras, encabeza la participación por países en el premio literario de la Casa de las Américas-2004, cuyo jurado comenzó el lunes pasado sus trabajos en los géneros poesía, cuento, literatura brasileña y literatura caribeña en francés o créole. Cuba está en segundo lugar con 96 obras, seguida de Brasil (82), Colombia (47), Perú (29) y México (21), hasta completar las 526 obras de 24 países en concurso. Por género, se presentaron 165 cuadernos en cuento, 240 en poesía, 24 para el Premio Extraordinario de Ensayo sobre Estudios de la Mujer, 15 en literatura caribeña y 82 en brasileña. Los premios se darán a conocer el 29 de enero, cuando también se otorguen los honoríficos "José María Arguedas" de novela, "Ezequiel Martínez Estrada" de ensayo y "José Lezama Lima" de poesía. El jurado de poesía está formado por Diana Bellesi (Argentina), Arturo Corcuera (Perú), Luis Rocha (Nicaragua), Jaime Augusto Shelley (México) y Roberto Méndez (Cuba). En cuento darán su veredicto Luis Aceituno (Guatemala), José Alcántara (República Dominicana), Fernando Ampuero (Perú), Laura Restrepo (Colombia) y Jaime Sarusky (Cuba). Los encargados de elegir los mejores cuadernos de literatura brasileña son los intelectuales brasileños Joao Almino, Walter Galvani y Beatriz Jaguaibe.

El jurado del premio extraordinario de ensayo sobre Estudios de la Mujer estará integrado por Lea Fletcher (Argentina-EE.UU.), Luz Elena Gutiérrez (México), Kemy Oyarzún (Chile), Mary Louise Pratt (Canadá) y María del Carmen Barcia (Cuba).

Alejandra por sí misma Finalmente, aparecieron en España los *Diarios* de Alejandra Pizarnik, que *Radarlibros* anticipó hace más de tres años y cuya edición había tenido un agitado proceso. Considerada como una de las mejores poetas Latinoamericanas de los años '60, Alejandra Pizarnik se suicidó a los 36 años con una sobredosis de barbitúricos, aunque ya antes lo había intentado en varias ocasiones, hechos que también quedan reflejados en estos diarios que ahora publica en España la editorial Lumen. Pizarnik también reflexiona en sus diarios sobre "las angustias, los anhelos, las invisibilidades" de su esfera personal y su velado itinerario sexual. Los *Diarios* que ahora ven la luz, editados por la poeta Ana Becciu, que fue amiga de Pizarnik, constan de quinientas páginas en veinte cuadernos manuscritos, seis legajos de hojas mecanografiadas y varias hojas sueltas con correcciones hechas a mano, escritos por Pizarnik entre 1954 y 1972.

Más por menos La industria editorial registró durante 2003 un crecimiento del 11,5% en cantidad de ejemplares editados respecto del año anterior. La cantidad de títulos, por otra parte, aumentó en el mismo período un 44%, informó Gustavo Canevaro, titular de la Cámara Argentina del Libro. La tendencia que se consolida es una mayor cantidad de títulos con tiradas mucho menores, para alimentar la loca carrera por la "novedad" que afecta al sector. Las temáticas más publicadas fueron Literatura iberoamericana, Derecho y Educación.

El malestar argentino



FOTO: SEBASTIAN FREIRE

EL LUGAR DEL SABER
Adriana Puiggrós

Galerna
Buenos Aires, 2003
408 págs.

POR MARTÍN DE AMBROSIO

En el decadente recorrido que va de Domingo Sarmiento a Juan José Llach se cifra buena parte de la historia de la educación argentina (y de la historia a secas). De aquel sueño de educación pública universal (con los consabidos límites del pensamiento sarmientino: educación restringida basada en la dicotomía civilización/barbarie, en la que los gauchos quedaban del otro lado de lo civilizable; educación que por otra parte evitaba formar para el trabajo), a los preceptos neoliberales de Llach y otros, no sólo notoriamente ha bajado el nivel de calidad de los intelectuales sino que el mito fundante sobre el cual se basó el sistema educativo impulsado como nadie por el sanjuanino (la eterna renta agraria) ha mostrado sus límites con minuciosidad. En ese sendero entre uno y otro, de ningún modo lineal y no siempre con bandos claramente definidos, se pueden ver las huellas del malestar argentino. Es precisamente ese sendero, con una fuerte impronta educacional, pero con consecuencias que se derraman a todos los campos de la vida del país, el que recorre Adriana Puiggrós en su último libro, *El lugar del saber. Conflictos y alternativas entre educación, conocimiento y política*.

Escritos "al correr de la pluma", pero no por ello sin rigor ni erudición, estos ensayos constituyen un diagnóstico perfecto (aunque, afortunadamente, no inapelable) del estado de situación del país, cuyas causas, como no podía ser de otra manera, se hunden en la historia. Aunque el libro por momentos corre el riesgo de reducir las causas del derrumbe argentino meramente a lo educativo, sale indemne del peligro al trascender las fronteras de las ciencias de la educación, yendo de la teoría educativa a la historia de las ideas y al análisis político (que incluye, por poner un ejemplo, fuertes autocríticas a la Alianza, de la cual participó la autora desde el Frepaso, y específicamente a uno de sus líderes, Chacho Alvarez).

Desde el prólogo, la autora marca cuáles son los ejes que la guiarán a lo largo de todo el libro: el fracaso de todos los proyectos de reforma del sistema escolar mitrista-sarmientino, las dificultades históricas para el desarrollo de un liberalismo católico democrático y de un bloque de centroizquierda razonable, la mercantilización de la educación pública, la inclusión del concepto de trabajo en los programas educativos, la desarticulación entre el conocimiento y la producción, y finalmente la mezcla de admiración y abandono hacia los investigadores y científicos.

Más allá de estos ejes explícitos, se puede ingresar al libro a través de otros ordenamientos no menos arbitrarios. Por ejemplo, a través de las sucesivas polémicas entre educadores "tradicionalistas" y reformistas que descreyeron de aquel mito agrario e impulsaron sin éxito un sistema educativo que formara para el trabajo y la industria. Tal el caso de la disputa que sostuvieron Sarmiento y Manuel Pizarro, ministro de Instrucción Pública del primer gobierno de Roca, quien en 1881 se quejó del estado de la educación primaria y secundaria y propuso orientar los contenidos hacia el desarrollo industrial y la capacitación laboral. O aquella otra polémica que enfrentó seriamente al mismo Sarmiento con José Pedro Varela, el fundador de la escuela uruguaya, respecto de la educación popular.

También se podría citar como ejemplo del *modus operandi* del libro sus análisis de las vanguardias o de cómo se vivió la primavera camporista en la universidad. O las consideraciones que Puiggrós hace respecto de Houssay como ejemplo de científico oligárquico sin compromiso con el devenir social ("a pesar de sus importantes hallazgos individuales, fue una traba para el avance de la ciencia en el país").

Finalmente, se podría decir que el propósito general del libro es instaurar un nuevo sentido educativo en la Argentina: salir de la ya perimida dicotomía civilización o barbarie, y replantearla de tal modo que los pares sean educación para la formación de una cultura general versus capital social para el desarrollo. Es decir, que aquello de "granero del mundo" no da para más.

El valor de educar

LA UNIVERSIDAD CAUTIVA
LEGADOS, MARCAS Y HORIZONTES
Pedro Krotsch (organizador) y Marcelo Prati (editor).

Ediciones Al Margen-UNLP
La Plata, 2003
328 págs.

POR SERGIO DI NUCCI

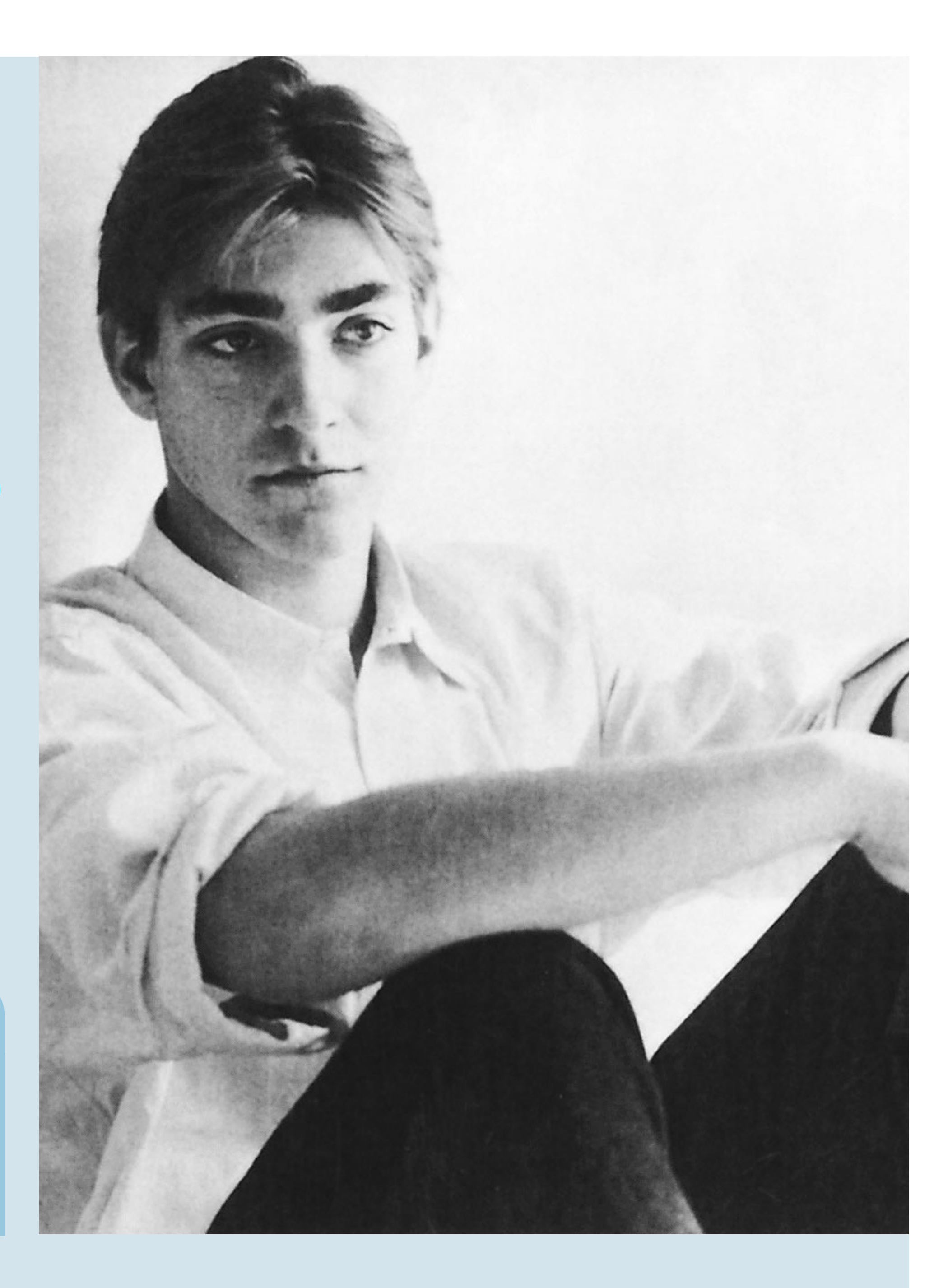
De un modo clásico, el sociólogo José Luis de Imaz aseguraba en su autobiografía *Promediados los cuarenta* (1977) que tres grandes crisis habían sacudido la historia de la universidad argentina: la de 1955, la de 1966 y la de 1973. Existe un tipo de reflexión acerca del estado de la universidad que adopta una diferente y aun contrapuesta perspectiva a la de muchas otras: la que mira el pasado, pero sobre todo el futuro, si es que cabe mirar al futuro viendo algo en él. Sobre este fondo, el sociólogo Pedro Krotsch organizó *La universidad cautiva* en dos partes, una histórica, la otra "sistemática", en busca de "una articulación entre lo actual, o recientemente vivido, y la historia más lejana en el tiempo".

Las perspectivas disciplinarias que se integran en el volumen son la sociología, la historia y las ciencias de la educación. Y los autores de los dieciséis trabajos compilados se reúnen en un espacio de reflexión e investigación en la Universidad Nacional de La Plata abierto formalmente en 2000. Acaso con alguna simplificación, puede decirse que el horizonte sobre el que se recortan con aguda nitidez los temas y problemas planteados y enfrentados es el de la reforma del Estado durante la década de 1990. En momentos en los que la Argentina parece asomarse a un escenario nuevo, diferente al menos por sus énfasis favoritos, resulta oportuno contar con un balance de la década que parecía acabar y arrasar con todas las décadas.

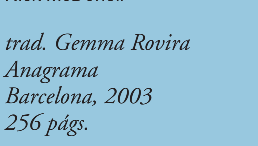
Desde "Modernización académica, desarrollo científico y radicalización política" (por Carlos Prego y María Cristina Tortti, primer trabajo de la parte histórica) hasta "Universidad y empresa: ¿cuál universidad y cuál empresa?" (por Mariana Versino, último trabajo de la parte sistemática) se traza un arco al que sostienen relaciones conflictivas y nada unívocas. Conflicto permanente, casi polar. Por un lado, "la radicalización política, la modernización cultural y los proyectos de modernización e institucionalización de la universidad". En el opuesto, fuerzas que muchas veces se oponen a la universidad desde campos exteriores aunque penetrantes: los regímenes militares que se sucedieron desde 1955 (en el corte cronológico elegido por los autores) y después, en la parte sistemática, la política no menos avasalladora de la era menemista. El subtítulo del trabajo de Antonio Camou (autor también de la "Introducción" a la entera parte sistemática) resulta especialmente irónico y a la vez contundente y revelador del eje de las discusiones: "De por qué es bastante más fácil privatizar una línea aérea que reformar una universidad".

Los seis trabajos de la parte histórica estudian fundamentalmente el período 1955-1973. Encuentran respuestas a preguntas por la peronización y la desperonización, y por el pasaje del universitario modernizador al militante dentro de un contexto de creciente, irrefrenable radicalización. En los diez textos "sistemáticos", el presente ya es en realidad también un pasado, sólo que más reciente. Las reformas universitarias, las políticas de evaluación, los programas de incentivos a docentes e investigadores son examinados dentro del contexto de los '90, que contrasta con el de los dos decenios previos porque su marca política mayor es la desmovilización. El título del libro organizado por Krotsch enuncia un programa. No es un mérito menor la reiterada pregunta autorreflexiva por quiénes cuestionan el cautiverio actual, "marcados" por una historia institucional sin duda rica en legados que son, o pueden ser, lastres. Los que cuestionan en *La universidad cautiva* no persiguen una institucionalización que multiplique los lazos que apresan a los actores universitarios. O que los vuelva más firmes, aunque más sutiles.

Mucho menos que cero



TWELVE
Nick McDonell



trad. Gemma Rovira
Anagrama
Barcelona, 2003
256 págs.

POR MARIANA ENRIQUEZ

En EE.UU., la novela *Twelve* del jovencísimo Nick McDonell (20 años) es celebrada como un texto sintomático que captura el espíritu y la cultura de la generación post-Columbine –la secundaria de Littleton, Colorado, donde dos adolescentes asesinaron a trece de sus compañeros–, y que construye nuevos lenguajes, como hace veinte años lo hizo *Menos que cero* de Bret Easton Ellis. Pero aunque *Twelve* es un debut notable, de escritura sólida y solvencia narrativa, no es más que una reescritura de *Menos que cero*, casi un homenaje, y como tal se trata de un anacronismo, que repite temas y estilo: las drogas, la apatía, los hijos de la alta burguesía, las fiestas y el sexo en una escritura cortante, "cinematográfica", seca, directa, distante.

El protagonista de *Twelve* es White Mike, un *dealer* vagabundo, ex estudiante brillante que se está tomando un año sabático antes de entrar a la universidad. Desde el nombre, White Mike (Blanco Mike) constituye un doble aumentado de Clay, el protagonista de *Menos que cero*. En la novela de Easton Ellis, todo el que se cruza con Clay le dice invariablemente que está muy pálido, pero hacia el final logra el bronceado que lo devuelve a su ambiente originario, la clase alta de Los Angeles; en *Twelve*, White Mike permanece blanco hasta el final, en sintonía con el invierno neoyorquino y su presencia de testigo fantasmal en una ciudad espectral, post 9/11. El mecanismo de reproducción y redoble de la apuesta es constante, y evidente desde el título: si la novela de Easton Ellis toma un número negativo, la de McDonell asciende hasta más de diez; la droga de esta novela es el *twelve*, un químico de diseño, no la cocaína de *Menos que cero*, y en ambas novelas, los personajes vagabundean en busca de ellas; el consumo y la enumeración de marcas es constante; los protagonistas miran con horror a los expulsados –White Mike a los sin techo, Clay a los mexicanos–; el *flashback* es el recurso narrativo de escape hacia la inocencia de la infancia, y en ambas aparece en cursiva. Los jóvenes de *Twelve* son los hijos de los ya adultos de *Menos que cero*, pero la canción sigue siendo la misma. Incluso en los casos de White Mike y Clay, los testigos del horror, que por su distancia sobreviven: Clay vuelve a la Costa Este, White Mike se va a París, con una nueva aplicación del redoble.

Pero si para Easton Ellis lo más aterrador es "mezclarse", para McDonell, "mezclarse" es sinónimo de muerte. Así, el *dealer* blanco que se aventura al ghetto negro rápidamente será asesinado en las primeras páginas. Si en *Menos que Cero* los jóvenes ricos descendían a los arrabales y participaban de actividades clandestinas, los de *Twelve* apenas juegan a imitar los modos de la clase baja, como Mark y Timmy, dos adolescentes que hablan la jerga de los negros aprendida en MTV. Por ejemplo, durante una fiesta, un chico incendia un tacho de basura. El resto de los invitados, todos adolescentes, bajan a la calle y McDonell escribe: "Hacían como que eran vagabundos alrededor de la hoguera del cubo de basura". El recorte clasista de *Menos que cero* se repite en *Twelve*; nada se sabe de los que no "padecen" la satisfacción económica.

Si algo expone *Twelve* es la fuerza del conservadurismo en el estrato social elegido: en *Menos que cero* estaba presente la ambigüedad sexual, la homosexualidad e incluso la prostitución masculina, pero en *Twelve*, los jóvenes apenas tienen sexo de algún tipo. No se atreven al margen, no se arriesgan. White Mike puede vender drogas y, cuando termine sus vacaciones, ir a la Universidad, un destino muy diferente al de Julian de *Menos que cero* –adicto que se prostituye para financiar su adicción– que difícilmente podrá regresar de su descenso a la clandestinidad. La espiral de violencia final de *Menos que cero* está relacionada con el desenfreno y la amoralidad: comienza con el visionado de películas *snuff*, continúa con crímenes sexuales; en *Twelve*, la violencia nuevamente es más conservadora y está relacionada con el armamentismo y el exterminio del diferente.

Quizá habría que leer *Twelve* como un exponente muy logrado de una nueva tendencia casi excluyente en el realismo norteamericano: el Apocalipsis Adolescente. La inauguraron *Menos que cero* y también *Rabia* de Stephen King, y desde entonces se reproduce en todos los medios, especialmente en cine, con los films de Larry Clark, el reciente *Elephant* de Gus Van Sant o *A los Trece* de Catherine Herdwicke, y en música, con las canciones de Korn o Marilyn Manson. Como novela de Apocalipsis Adolescente, *Twelve* se une a un corpus que no ofrece demasiadas variaciones, y gira alrededor de la figura del adolescente rico con una escopeta, del hombre blanco armado, o del joven abúlico frente a la pantalla, obsesionado por los videojuegos, la televisión, las drogas y el sexo. En este sentido, *Twelve* no es la obra maestra del Apocalipsis Adolescente; quien mejor trabaja esta tendencia es Dennis Cooper, con su exploración macabra del deseo, sus adolescentes objeto y un estilo explícito que lo acerca al Marqués de Sade. En cambio, *Twelve* es la novela de un buen estudiante de Easton Ellis; no hay modificaciones estilísticas ni una nueva mirada, apenas un debut casi demasiado correcto de un escritor abrumado por sus influencias, con una literatura tan conservadora como sus personajes.

EN EL QUIOSCO

EL ARCA, *Nº 53 (Buenos Aires: diciembre 2003)*
EL JABALÍ, Nº 14 (Buenos Aires: enero 2004)

Salvando las diferencias que pudieran tener (tratándose, en un caso, de una revista ilustrada de poesía y en el otro, de una revista cultural, en sentido amplio), tanto *El Jabalí* como *El Arca* se vieron obligadas a mantener un silencio de dos años merced a la crisis con que coronó su paso por estas pampas el huracán neoliberal, en sus indistinguibles versiones peronista y radical. Pasado el temporal, durante el cual *El Arca* pudo refugiarse en las virtualidades de Internet, ambas revistas vuelven con renovados bríos, más de una década después de sus primeros números.

En el reencuentro con sus lectores, *El Arca* presenta un volumen extraordinario de 138 páginas (unas 50 páginas más de lo que solía), con el modo habitual de desplegar sus notas, es decir, mezclando producción propia con extractos de libros ajenos (de los cuales no siempre se coloca la cita, como en el de Bertrand Russell o Luis Goytisolo, igualmente interesantes por cierto) y mezclando los más diversos temas, desde cuestiones científicas o históricas hasta el papel que juega la mujer en la sociedad o diversos análisis de la "realidad argentina".

Por su parte, *El Jabalí* presenta un breve *dossier* sobre Nicolás Olivari (1900-1966), titulado "Buenos Aires sórdida", con un artículo introductorio de Horacio Salas que incluye un elogio de Borges –algo equívoco, hay que reconocerlo–, quien hacia 1926 señaló que "no creo en su talento: creo en su genialidad". Según informa Salas, Olivari fue un participante algo descentrado del círculo martinfierrista, debido a que "extrae su temática de ciertos enveses sórdidos de la ciudad donde habitan prostitutas sifilíticas, pobres empleaditas cursis, muchachas tuberculosas, antiguas dactilógrafas dadas a la prostitución, camareras de oscuros fondines", y etcéteras varios. El informe también incluye una breve antología de Olivari y un artículo en prosa del mismo poeta. *El Jabalí* se completa, entre otras secciones, con una introducción al "nadaísmo", movimiento de la poesía colombiana nacido bajo la influencia beatnik (que incluso llegó a tener tímidos imitadores argentinos) fundado por Gonzalo Arango en 1958.

HABLAR DE POESÍA, *Nº 10 (Buenos Aires: diciembre 2003)*
Más fortuna financiera tuvo *Hablar de poesía*, que logró sacar dos números durante 2002; y también en este 2003 pudo mantener la misma frecuencia que conserva desde su aparición en 1999. De elegante factura, la revista dirigida por Ricardo H. Herrera abre con un editorial en el que se queja de los críticos que siguen atorados "persiguiendo obstinadamente una objetividad (una justicia) ideológica que deja de lado la objetividad (la justicia) estética"; se puede gozar de la voz de Quevedo sin ser monárquico y de la voz de Lugones sin ser militarista, asegura.

Para destacar del voluminoso número de 340 páginas: un diálogo de Irma Emiliozzi con Juan José Hernández a propósito de la edición de su obra completa y la reseña escrita por Walter Cassara de la *Obra completa* de Héctor Viel Temperley, recientemente elegida por este suplemento como mejor libro de poesía nacional editado en 2003.

MARTÍN DE AMBROSIO



La selva amazonica

La librería virtual Amazon.com se propone ahora digitalizar todos los volúmenes que oferta, con lo cual amenaza convertirse en la más grande biblioteca de consulta de todos los tiempos.

POR RODRIGO FRESÁN

La noticia y la información aparece claramente comentada en la última edición de *Wired* –la respetada revista presente/ futurística (ese nuevo gran tiempo en el que todos vivimos desde hace un tiempito)–, pero cualquier usuario o *voyeur* del *site* de la librería virtual Amazon ya ha tenido muestras gratis del asunto en cuestión.

Sí, el Citizen Jeff Bezos y los suyos se han propuesto escanear *in toto* y subir a la red todos los libros que ofrecen a la venta. El motor y la inspiración detrás de semejante empresa es, claro, comercial (te ofrecen capítulos selectos para engancharte y vender el libro). Pero lo cierto es que este emprendimiento inaugurado en el verano de 2003 ya supera, con 120.000 volúmenes ya procesados, lo acumulado por todos los otros existentes y de mayor antigüedad, como el Project Gutenberg, el Million Book Project y The Rosetta Project, entre otros. El objetivo de Amazon es procesar todo su catálogo y competir –a la hora de la consulta– con gente como Google, Yahoo! y eBay (que se nutren de los mensajes publicitarios de todo aquello que buscan y encuentran).

Lo que –una vez más– vuelve a poner en discusión el ya tan clásico y novedoso dilema. Está claro que estos movimientos atentan contra la figura del libro tal y como la conocemos. Y está claro también que los lectores curtidos no quieren que el libro cambie. Algunos han denunciado el asunto –la digitalización de la materia impresa– como si se tratara de un nuevo y monstruoso holocausto; y ahí está ese furibundo alegato del escritor Nicholson Baker titulado *Double Fold* (2002), ya comentado en su momento en las páginas de este suplemento. El libro es, sí, un objeto romántico. Y, como todo lo romántico, es problemático. Basta con invocar una sola palabra para experimentar el horror pasado, presente y futuro de este romanticismo: *mudanza*.

MARCA REGISTRADA

La idea de Amazon, en principio, era que los usuarios pudiesen consultar sólo los títulos de los libros que alguna vez habían comprado (lo cual, admitámoslo, era un poco difícil de comprobar e implicaba cuestiones como que el cliente enviara a Amazon fotos de su biblioteca); pero Bezos decidió jugar a lo grande, a lo generoso: todo para todos y potenciar la oferta con seducciones como la búsqueda avanzada en la que basta con poner un nombre de persona, lugar, producto, o lo que sea, para que se nos ofrezca lista de ficciones y no-ficciones donde –para orgasmo de académicos y de adictos a la manía referencial y a no tan libre asociación de ideas– aparece mencionado el párrafo en cuestión. Y, sí, el gran conflicto legal a superar aquí era cómo manejar el tema de los miles de *copyrights*. La solución de Amazon fue sencilla: el banco de datos no se publicita como ente comercial sino como benéfica biblioteca. Se busca, se encuentra, se pueden consultar varias páginas para adelante y para atrás; pero en ningún caso se puede leer el libro al completo o bajarlo a la computadora doméstica. Resultado: el viejo y eficiente truco de te doy a probar un bocado especulando con que te va a gustar y vas a querer comerte la torta entera. Y, humanos somos, el truco suele funcionar. La idea es, dicen, "contribuir a que los usuarios encuentren un libro –no funcionar como una fuente indiscriminada y gratuita de información– y ayudar a los autores y editores a que ese libro se venda más". Y, sí, la gran paradoja: todos y cada uno de esos individuos que sucumben a la tentación o a la gracia lo que en realidad quieren es, después de tanto teclear, sostener en sus manos el premio de un libro.

A ESCANEAR QUE SE ACABA EL MUNDO

Y lo más interesante de todo: con proyectos como el de Amazon, los libros no desaparecerán. Al no ocupar espacio, con el correr de los años y de las páginas, el espíritu virtualizado de todo papel será preservado y posible de ser invocado por el médium de turno. Mucho mejor y más útil que el fracasado e-book después de sus correspondientes quince minutos de fama. Este es el principal argumento que esgrimen los cibernéticos contra los guardianes del fondo y de la forma y que –más temprano que tarde– acabarán justificando la maniobra porque así, libros que ya no resultan provechosos para editores o bibliotecas podrán ser solicitados *a la carte* y con formato tangible por precios que no superan un dólar. Con lo que aquella idea del *out of print* o el *fuera de catálogo* o el *agotado* pasa a formar parte de un tiempo irrecuperable, porque, de pronto, *todo* se recupera. Tiene su gracia, tiene su encanto, sí, romántico: un viejo libro muere y se convierte en electricidad del limbo *on-line* que, si así se lo requiere, vuelve a reencarnarse en una nueva versión en papel de aquel viejo libro.

Y otra paradoja: en estos tiempos donde la mayoría de los libros se escriben en computadoras y se imprimen a través de maquinarias digitales, el escaneo se realiza a partir del libro terminado. Es decir: del viejo y querido y *unplugged* objeto físico. Los sistemas más comunes –según explica *Wired*– son tres:

a) Se guillotina el libro a la altura del lomo, las páginas quedan sueltas, y se las va introduciendo en un escáner de alimentación automática (máquina que cuesta unos U$S 25.000 y que despacha unas noventa páginas blanco y negro por minuto). El problema, sí, es que el sistema no sirve para libros raros o antiguos o valiosos. Nadie quiere guillotinar sus primeras ediciones.

b) Comprarse un robot que se dedique a pasar páginas. El año pasado la compañía Kirtas Technologies presentó en sociedad un escáner con brazo incorporado capaz de pasar 1200 páginas por hora. El único y más que atendible problema es el precio de seis cifras.

c) Por supuesto, la opción más elegida y literalmente popular: enviar contundentes cargamentos de libros a lugares como India, China o Filipinas y poner a hojear a la fuerza de trabajo local. Casi todos los programas de digitalización de libros –incluyendo el de Amazon– se han decidido por este método porque basta y sobra con un escáner barato y una persona todavía más barata que el escáner que se haga cargo de dar vuelta las páginas, los capítulos, los tomos a cuarenta centavos de dólar por hora, y los gobiernos locales están encantados porque lo consideran un apoyo a sus respectivas economías.

Y todos –menos Nicholson Baker– felices.